

para tranquila morada despues de azarosas vicisitudes. Es tierra de paz i hospitalidad. Ciudadanos cristianos vivimos gobernados por jefes cristianos i gozamos libremente de los beneficios de nuestra Santa Religion, bajo la acertada direccion de nuestros Pastores. Dad, portanto, expansion a vuestra almalaria tiempo oprimida; rodeado estais no de enemigos ni de hombres que, en la elevacion de su puesto, han llegado a decir: Ai! del que no se d'ollegue a nuestra voluntad! estais entre amigos que reconocen i veneran el eminente merito de vuestra persona. ¡Ojalá que os pudiésemos hacer olvidar un poco, momentos de infausto recuerdo! Es cierto que siempre ocultareis en vuestro corazon un profundo dolor por la separacion de vuestra amada grei; pero el Supremo Pastor la guardará, i ablandará los corazones de los acerbos enemigos que tanto os han hecho sufrir. ¿Qué importa que hagan un mezquino bien si causan mil i mil males? ¿qué se llamen liberales si encadenan, despojan i destierran a los defensores de la libertad del espíritu cristiano? Tal vez no está distante en los decretos de la Providencia el momento en que cese vuestro destierro i la dolorosa separacion de vuestra grei. Entonces vuestro gozo será completo i se podrá decir de Voslo que en otro tiempo de los Apóstoles: *Ibant gaudentes quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*. Recibid, entretanto, estos nuestros deseos i sinceros sentimientos, i dignaos concedernos vuestra bendicion episcopal.»

Su S. Illma. contestó poco mas ó ménos en estos términos.

SR. PRECEPTOR:

«Ocupado mucho tiempo en la direccion de la juventud, siempre me ha sido altamente placentero oír su voz; pero ahora oigo ademas la voz de la Religion. Ella es en verdad la que siempre debe dirigir todas las acciones de un eclesiástico, i en los tiempos que atravesamos es necesario que el corazon se impregne, diré así, de todas las virtudes, i sobre todo de la caridad i el perdon de los enemigos. *In hoc cognoscent quia discipuli mei estis si dilectionem abueritis ad invicem*, decia el Salvador. Se conocerá que sois mis discipulos si os amais unos a otros. Un eclesiástico que carezca de este don celestial, es una sal sin sabor i una antorcha apagada. Supuesto que sois catedrático del Seminario, procurad llenaros i llenar a esa juventud, de esa virtud tan necesaria i que tendreis que ejercitar muchas veces si el Señor coloca a alguno de vosotras en el difícil cargo que a mí. Aunque con el corazon quebrantado por el dolor, me es muy satisfactorio recibir esta expresion de vuestros sentimientos. Dad a mi nombre las gracias a todos los Seminaristas, i yo entretanto pediré al Señor que os adorne de todas las virtudes necesarias a vuestro estado.»

Copiamos de *El Universal*, periódico de Méjico, de 24 de setiembre último, el siguiente interesante artículo editorial:

REESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑIA DE JESUS EN MÉJICO.

-Como lo habiamos anunciado, ayer se publicó en esta capital con toda solemnidad i en medio del mas grande i sincero entusiasmo, el bando que restablece en toda la República la Orden de la Sagrada Compañia de Jesus. Por tercera vez se van a ver en Méjico Jesuitas. ¡Cuántas reflexiones no trae a la mente este suceso importante! El mundo ha visto en el espacio de tres siglos, el nacimiento, los progresos i las vicisitudes de esa orden grande i admirable, que parece dotada de un espíritu superior a todo lo que existe sobre la tierra.

Levantase la Compañia de Jesus en medio de las borrascas, sediciones i religiosas; extendiose ins-

tantáneamente por todo el universo; se hizo grande apesar de sus formidables enemigos; identificó su existencia con todas las artes i ciencias, con todas las historias de los pueblos; i cuando parecia haber llegado al mas alto grado de su gloria, fué herida de muerte. En un momento desaparecieron aquellos maestros que tanto enaltecieron la civilizacion europea; aquellos enardecidos apóstoles que, junto con la luz del cristianismo, habian difundido la cultura i los conocimientos humanos en la China, en el Japon, en el Paraguai, en el Perú, en Méjico i en tantos otros lugares que habian sido inaccesibles aun a la misma curiosidad i codicia de los hombres: desaparecieron los directores de la juventud, los que poseían el secreto de domoñar la ferocidad de los salvajes, los que eran tan generosos que vertian su sangre cuando era necesario testificar con ella la verdad católica, los que sostenian una continua guerra contra todos aquellos que predicaban errores. ¡Cayeron los mas firmes baluartes de la Iglesia Romana! I cuando andaban esos hombres extraordinarios proscriptos i perseguidos, cuando descendieron de su grandeza a las prisiones, cuando su nombre solo era en el mundo como un anatema, entónces el gozo de los que habian trabajado en su ruina era completo, porque no era fácil preveer que aquellos hombres sin prestigio ni valimiento, sin autoridad ni riquezas, volvieran a renacer. Sin embargo, nunca salieron mas fallidos los cálculos del hombre. La misma jeneracion que presenció el exterminio de los Jesuitas, vió su reaparicion, i las mismas manos que les cerraron las puertas de las ciudades, se las volvieron a abrir. ¿Qué explicacion puede tener este fenómeno? De los Jesuitas se habia dicho que eran enemigos de los reyes: ¿habian desaparecido los reyes cuando los Jesuitas volvieron a los reinos? A los Jesuitas, se decia, los sostenia el fanatismo de los pueblos: ¿serán hoy los pueblos mas fanáticos de lo que pudieron serlo en el siglo XVIII? ¿Unos cuántos años pudieron acaso bastar para que los Jesuitas cambiasen la naturaleza de su instituto? ¿Unos cuántos años fueron bastantes para que los Jesuitas dejásen de ser lo que ántes se decia que habian sido?

Inexplicable fuera este fenómeno, si la verdadera causa de la extincion de la Compañia, en el siglo pasado, hubiera sido otra que pasiones miserables que jamás pueden sobreponerse a la justicia i a la verdad. La justicia i la verdad sufren tormentos; pero nunca sucumben en las borrascas; i si alguna vez se las vé oscurecidas, es para lucir despues con mas pompa i magnificencia.

Así es como hemos visto aparecer de nuevo en el mundo a la Compañia de Jesus, como renacimiento de entre sus propias ruinas. Nadie nos dirá que los pueblos han atrasado en civilizacion; léjos de eso, diariamente se nos está repitiendo que este es el siglo de las luces. No se atribuya, pues, la reaparicion de los Jesuitas a la ignorancia i preocupaciones de los pueblos, cuando aquellos mismos que se jactan de mas cultos i civilizados, han sido los primeros en admitir i llamar a los Jesuitas: atribuyase con mejor fundamento esa reaparicion, al triunfo natural, como ya lo hemos dicho, de la justicia i de la verdad.

Ese triunfo, ese glorioso i magnífico homenaje que se ha rendido a la justicia en Inglaterra, en Francia, en los Estados Unidos i en todos los pueblos cultos, ya era tiempo que se tributara en Méjico: en Méjico que acaso mas que otro pueblo, debe tantos beneficios a la Compañia de Jesus; en Méjico, que debió los principios de su cultura a los desvelos de los Jesuitas, que tiene delante de sus

1025

F. de S. G. de S.

ojos esos soberbios edificios que embellecen sus ciudades, que tiene tantos monumentos de gloria, tantos recuerdos de sacrificios heroicos impendidos muy particularmente en las fronteras, donde se ven aun los vestigios de aquellas misiones edificantes que servian de inexpugnables muros á las devastaciones de los salvajes; en Méjico, por fin, que si puede presentar en su historia varones dignos i grandes, son en su mayor parte los que salieron de los colejos de los Jesuitas.

¿Por qué ha demorado Méjico tanto tiempo ese tributo á la verdad i á la justicia? ¿Será quizás porque el pueblo era indiferente á los beneficios i viera con desdén su prosperidad? Nunca desde el año de 1821, la Nacion está pidiendo el restablecimiento de la Compañía: prueba de esto son esas innumerables representaciones que, en diferentes épocas, se han dirigido al Supremo Gobierno; representaciones que expresan necesidades apremiantes. Los habitantes de las fronteras lamentan los perjuicios que experimentan por las frecuentes incursiones de los bárbaros; i cuando no se les pueden proporcionar tropas ni recursos para sostener la guerra, piden al menos misioneros que vayan, á costa de sus vidas, á contener la ferocidad de aquellos: otros pueblos desean instruccion, i recordando la enseñanza que en otros tiempos les daban los Jesuitas, reclaman su restablecimiento. Sin embargo de estas necesidades i de las repetidas instancias que para socorrerlas se han hecho por mas de treinta años, i cuando se repetia hasta el fastidio que la voluntad del pueblo era la lei suprema, que la Nacion era soberana, que tenian los pueblos el derecho de peticion, etc., esa voluntad era contrariada, la soberanía una burla, i el derecho de peticion una ironía amarga.

No de otra suerte se explica, porque despues de tanto tiempo, i cuando estaba tan expresa la voluntad de la Nacion, dueños los pseudoliberales de los destinos del país, pregonando la ilustracion, ensalzando los derechos del pueblo, declamando contra el oscurantismo, han tiranizado á la Nacion, no la han proporcionado instruccion; i por contentar ruines preocupaciones, han visto impasibles el exterminio de unos pueblos que pudieron haberse librado de la devastacion i del incendio con solo haber obsequiado sus deseos, decretando el restablecimiento de la Compañía de Jesus.

Por una torpe inconsecuencia, cuando tan imitadores se han mostrado nuestros políticos de la República del Norte, en este punto no han seguido el ejemplo que ella nos daba. ¿En qué podia ser incompatible la Compañía de Jesus con la verdadera libertad? ¿Cuáles son los trastornos que esta orden ha ocasionado á la República del Norte? Diganlo los liberales mas entusiastas: diganlo los mismos protestantes, quiénes confian la enseñanza i educacion de sus hijos al cuidado de los Jesuitas.

Era, por cierto, sensible que, por contrariar los mandatarios del pueblo su voluntad, los padres de familia que deseaban dar una educacion esmerada á sus hijos, tuviesen que separarlos de su lado, enviándolos a países extranjeros. Mas de cuatrocientos niños mejicanos se encuentran actualmente educándose en el Norte, bajo la direccion de los Padres de la Compañía, con riesgo de que pierdan insensiblemente, con la separacion de sus padres i la ausencia de su patria, las aficiones naturales del patriotismo i de la familia, que tantos bienes producen en la sociedad. Esto era porque nuestros liberales veian con horror el solo nombre de Jesuitas, porque tenian á mengua siquiera estudiar su historia, porque se desdaban de conocer su instituto, porque no veian con despreocupacion lo

que pasaba en todo el universo. Vergüenza era ciertamente lo que sucedia en Méjico.

Mas hoy, por fortuna, el Supremo Gobierno, como ya otra vez lo hemos dicho, conocedor de los verdaderos intereses del país, ha tenido valor para despreocupar esas miserables preocupaciones, i ha restablecido la Compañía de Jesus. Los padres de familia, los buenos mejicanos, los verdaderos patriotas, no podrán ménos que sentir una complacencia extraordinaria porque se han realizado sus deseos, viendo que nuevamente van á establecerse planteles de ciencia i de moralidad, donde la juventud pueda ilustrarse sin detrimento de los buenos sentimientos.

Al consignar hoy en las columnas de nuestro periódico este fausto acontecimiento, tenemos que cumplir un deber de justicia, tributando al Excmo. Sr. Presidente de la República, los elogios de que es digno por una medida que hará eternamente grata la memoria de su Administracion en los anales de Méjico; medida que bastaria por si sola para glorificar su nombre, si ya no estuviera ilustrado por otros mil títulos que le darán un lugar eminente en la historia de su patria. I al cumplir con esta obligacion i expresar nuestra gratitud al primer Jefe del Estado por esta providencia de altísima importancia religiosa i social, sabemos bien que unimos nuestros votos á los votos de la Nacion entera que ve en esto un nuevo motivo de confianza en el hombre que rije sus destinos, i un nuevo fundamento en que apoyar sus esperanzas de un porvenir glorioso.

El Sr. Jeneral Santana está, sin duda, destinado por la Providencia para herir de muerte el monstruo de los errores i de las impiedades que por tanto tiempo ha añijido á su patria; i es preciso confesar que solo un profundo sentimiento de lo bueno i de lo justo, unido á la enerjía de voluntad que caracteriza á nuestro dignísimo Presidente, podia inspirarle la poderosa resolucion con que ya mas de una vez ha decretado esas medidas reparadoras, que son al mismo tiempo golpes terribles dados á las demencias revolucionarias. Él ha libertado en ocasiones solemnes, de la rapacidad demagógica, los intereses del Santuario; él dispuso el establecimiento en la República, de las *Hermanas de la Caridad*, de ese Instituto que es la expresion mas bella, mas dulce i mas admirable del catolicismo; i ha sido preciso que él viniera á tender su brazo de hierro sobre las turbas desenfrenadas, para que abriesen paso á la *Compañía de Jesus*, vilipeendiada indignamente por los enemigos de la Religión, que son los enemigos de nuestra gloria, de nuestras tradiciones i de nuestro porvenir.

El decreto que se publicó ayer restableciendo á los Jesuitas, (*) no significa únicamente que Méjico puede ya contar con esos poderosos agentes de la civilizacion católica, tan necesarios aquí donde los principios liberalistas habian dejado sin valladar las inundaciones de la barbarie: significa que se ha abierto decididamente una era de reparaciones para todo lo que echó por tierra la escuela antireligiosa i antisocial en los días de su dominacion; significa que el país tiene á su frente un hombre capaz de hacer *todo* eso, cuando apoyado en la razon, en la justicia i en la conveniencia pública, declara la guerra con tan sereno rostro á las preocupaciones de todo un siglo, que ya por fortuna se van discipando. Justo es, en consecuencia, tributar á ese hombre los homenajes que merece; justo es que nos anticipemos a la imparcial historia, en las alabanzas que ha de prodigar por estos hechos al ilustre Jeneral Santana.

(*) Véase el número 123 de «El Catolicismo» en que está inserto el decreto á que se refieren los Editores de «El Universal».